

El estudio de la persona ha sido, para la filosofía, un problema arduo. Como decía el desaparecido Monseñor Salvador Riverón¹, en una conferencia publicada el año pasado en forma de suplemento en esta revista, más que un problema, se ha convertido en un misterio, que reclama respeto. En efecto, la persona encierra, en su subjetividad y en su libertad, fondos impenetrables e imprevisibles, además de que cada una es tan singular que su más íntimo ser es único e irrepetible.

Mucho se ha discutido —y escrito, por supuesto— sobre los términos “persona” e “individuo”. Para algunos, ambos significan lo mismo; para otros, hay una gran diferencia. Este número de nuestra revista, presenta algunos criterios sobre este tema que, sin pretender recorrer el largo y accidentado camino de esta problemática, aportan elementos que pueden servir como base para la reflexión entre los lectores. Y esta reflexión es imprescindible para todo aquel que decide aventurarse en el vasto campo que ofrece la Bioética, porque tomar al hombre como persona es una referencia fundamental para la antropología filosófica; y esa referencia resulta necesaria a la hora de concretar cualquier proyecto axiológico y ético, a pesar de que este término no carece de equívocos. La condición humana, como ha escrito Simone Nicolás, debe exaltarse con fuerza y profundidad, ya que está por encima de cualquier situación. Negarla, sería echar una sombra a los privilegios de cada persona y a su encuentro con los demás.

La persona es el término más noble bajo el cual podemos ver y descubrir toda la riqueza y las posibilidades de la realidad humana. Como expresa uno de los artículos que en esta ocasión ofrecemos a nuestros lectores, la unicidad de la persona está orientada al mismo ser del hombre pero, al mismo tiempo, lo abre a los otros, a las demás personas, como manera de contextualizar la existencia y realizarse como tales. La persona no es un ser cerrado, sino irremediamente abierto a la comunicación y al encuentro con los demás. Y es precisamente esta comunicación interpersonal la que le hace descubrir su propia unicidad: es su propia llamada y su propia respuesta. La persona —así lo descubrió el filósofo alemán Ludwig Feuerbach— se realiza tanto cuanto es capaz de abrirse y comunicarse con las demás personas. La abundante corriente de pensamiento que, recogiendo la intuición de Feuerbach, ha postulado que estamos en el tránsito de la civilización de la razón a la civilización del amor, que se encierra en la comunicación humana, ha recibido el nombre de movimiento personalista. Es precisamente esa filosofía, la que inspira al Centro de Bioética Juan Pablo II —quien fue, por otra parte, una de las principales figuras de este movimiento en la segunda mitad del pasado siglo XX—; y todos los materiales que en esta ocasión presentamos a nuestros lectores, obedecen también a esa inspiración, con independencia del tema



Feuerbach

que abordan: El papel de la figura paterna en la identificación primaria y secundaria de los hijos y su influencia en aspectos tales como la adquisición de hábitos de conducta y en el desarrollo de la sexualidad, en el caso del artículo de nuestro asiduo colaborador, el Licenciado Carlos Amador Rodríguez; el estado actual de la polémica sobre el estatuto del embrión y, de manera particular, sobre los criterios de hominización inmediata y retardada., de nuestra asesora pedagógica, la Licenciada Elva Espinosa y, de manera aún más directa, los restantes artículos y el suplemento.

En este número, se despide de nuestros lectores la sección fija “Escuela de Pensamiento y Creatividad” que, durante cinco años, cumplió el objetivo de poner al alcance de nuestros lectores los análisis filosóficos que realizó, en sus numerosas obras, el profesor español Don Alfonso López Quintás, que nos enseña a descubrir el encuentro, los valores, las virtudes y el ideal auténtico en la vida. A partir del próximo número, comenzaremos a ofrecer, en el mismo espacio, una nueva sección fija, que abordará el importante tema de Ética y Sociedad, coincidiendo con el 25 aniversario de la encíclica *Laborem Exercens* (el trabajo humano), de SS Juan Pablo II y muy especialmente el 15 aniversario de su encíclica *Centesimus Annus* (A los cien años), ambas de profundo contenido social y que resaltan la centralidad de la persona en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna. El consejo de redacción de la revista *Bioética*, al comenzar el séptimo año de vida de esta publicación, hace llegar por este medio un caluroso saludo a todos sus lectores y formula votos porque continúe creciendo la fecunda relación que se inició en enero de 2000. ¡Que así sea!

1 Riverón, S. La persona humana: Misterio que reclama respeto. *Bioética* 2004 (Suplemento) 5(3):I-VIII.